

toriadores y los publicistas, avivan en el alma de las naciones la llama del patriotismo.

Quando un pueblo anonadado por la muerte de la servidumbre, duerme en el sepulcro, como Lázaro, sólo la voz de la poesía patriótica es capaz de hacerle romper sus ligaduras y volverle á la vida; no hay que olvidarlo ¡oh vosotros! jóvenes que pudiendo arrojar con vuestro inspirado acento una chispa que incendie el alma del pueblo, preferís apagarla contra el helado é ingrato corazón de una mujer indiferente que os olvidará bien pronto por el primer asno que se le presente aparejado con albarda de oro.



REVISTA LITERARIA

1868

SR D. ANSELMO DE LA PORTILLA,
DIRECTOR DE LA "IBERIA"

Méjico, Julio 31 de 1868.

Mi querido amigo y señor:

He terminado este pequeño trabajo, y suplico á vd. se sirva ponerlo bajo su protección, pues se lo dedico.

Vd, Sr. D. Anselmo, ha sido en esta última época del renacimiento de la literatura en Méjico, uno de los más eficaces protectores de la juventud, estimulándola constantemente, ya con sus bondadosas calificaciones en las columnas de su ilustrado periódico, ya con sus consejos privados.

Esta conducta, que honra á vd. en alto grado y que tan útil ha sido á los que principiamos, le ha hecho acreedor á todos nuestros homenajes de respeto y de gratitud.

Yo, que especialmente he recibido de vd. muestras inequívocas de favor y aprecio, viéndole acoger mis pobres estudios con su benevolencia acotumbrada, profeso á vd. un reconocimiento sin límites, y desearía consagrarle trabajos dignos de su saber y de su amistad.

El que hoy le envío, no tendrá más mérito que el que le dé el patrocinio de vd. y el afecto sincero con que se lo dedico.

Soy de vd. afectísimo amigo y servidor,

IGNACIO M. ALTAMIRANO



REVISTA LITERARIA

I

RECIDIDAMENTE la literatura renace en nuestra patria, y los días de oro en que Ramírez, Prieto, Rodríguez, Galván, Carpio, Pesado, Fernando Calderón y Payno, jóvenes aún, iban á comunicarse en los salones de Letrán, hoy destruidos, sus primeras y hermosas inspiraciones, vuelven ya por fortuna para no oscurecerse jamás, si hemos de dar crédito á nuestras esperanzas.

Aquel grupo de entusiastas obreros fué dispersado por el huracán de la política, no sin dejar preciosos trabajos que son hoy como la base de nuestro edificio literario.

Muchos años después, un espíritu laborioso y superior, Zarco, se propuso continuar la obra abandonada, con ayuda de otros que se agrupaban en su derredor, y que se llamaban Escalante, Arróniz, Téllez, Cuéllar, Castillo y Ortiz. A esta sazón otro círculo se agrupaba en derredor de Carpio y de Pesado para ayudarles en la misma tarea, y en él se veía en primer lugar á Sebastián Segura y á los dos Roa Bárcena, tres literatos distinguidos, que aunque separados de los primeros por sus ideas políticas, fraternizaban con ellos por su entusiasmo literario.

Pero también nuestras guerras volvieron á dispersar estos dos grupos.

Zarco, lo mismo que Ramírez y Prieto, se hizo hombre de Estado y publicista; predicó la Democracia y la Reforma, saltó al campo de la lucha, y sufrió las vicisitudes del combate. Igual suerte cupo á todos los demás. Unos tomaron las armas, otros la pluma del periodista como Florencio del Castillo. El fragor de la guerra ahogó el canto de las musas. Los poetas habían bajado del Helicón y subían las gradas del Capitolio. La lira cayó á los piés de la tribuna en el Foro, y el numen sagrado, en vez de elegías y de cantos heróicos, inspiró leyes.

Pero mientras que se consumaba aquella revolución, las bellas letras estaban olvidadas ó

poco menos. Los antiguos literatos pronunciaban discursos en el cuerpo legislativo ó en el Senado, ó agitaban al pueblo, ó deliberaban en el Consejo de Estado, ó escribían folletos, examinaban las cuestiones extranjeras ó redactaban proclamas en el campamento. Uno que otro canto se oía; pero era, ó para hacer vibrar á los oídos del soldado los acentos de Tirteo, ó para morir con los suspiros del amor en medio de los gritos de odio que se lanzaban los combatientes.

Este intervalo fué de años.

A la clausura de la Academia de Letrán se siguieron la guerra de la invasión americana, cuatro guerras civiles sangrientas, la invasión francesa y la guerra contra el segundo imperio.

¡Cuántos años han pasado! ¡Cuántos apóstoles de la literatura nacional han muerto, y muchos de ellos cuán desgraciadamente! Rodríguez Galván y Torrescano, en la Habana y en la miseria; Calderón, Larrañaga, Navarro y Escalante, en la flor de su edad y cuando hacían saborear á su país lisonjeras esperanzas; Orozco y Berra cayó herido como del rayo por una enfermedad terrible entre las cajas de una imprenta; Arróniz fué asesinado en medio de los bosques del camino de Puebla; Cruz Aedo asesinado por la soldadesca en Durango; Ríos

murió de triteza y de fiebre á bordo de un buque, alejándose de su país; Mateos y Díaz Covarrubias cayeron en Tacubaya; Florencio María del Castillo, el mártir de la República, después de grandes sufrimientos, murió encerrado por los franceses en las mazmorras de Ulúa. De la primera generación literaria, sólo existen unos cuantos: Cardoso, Ramírez, Prieto, Lafragua, Payno, Alcaraz, vigorosos robles que han resistido al choque de tantas tempestades, y que con su elevada inteligencia, sirven de faro á la nueva generación.

De la segunda quedan más; y el primero de ellos, Zarco, el incansable publicista, que desde el lecho del dolor ahora, lo mismo que en las angustias del destierro y de la pobreza en los Estados Unidos, se consagra siempre con una asiduidad que le daña, á los trabajos de la prensa, ilustrando nuestro derecho constitucional, dilucidando las cuestiones diplomáticas, defendiendo los muros de la ley y alentando con sus consejos á la juventud estudiosa.

Ramírez, Cardoso y Prieto, estos tres patriarcas de nuestra literatura, presiden al nuevo movimiento literario, muy dichosos con haber sobrevivido para transmitirnos las magníficas tradiciones de los primeros tiempos, y muy orgullosos con ver en torno suyo á esa turba de jó-

venes ardorosos que vienen á colocar en sus cabezas encanecidas por el estudio y los sufrimientos, las coronas del saber y de la virtud.

Ellos presiden, ellos mandan en esa pequeña república en que no se concede el mando á la fuerza, ni á la intriga, ni al dinero, sino al talento, á la grandeza de alma, á la honradez. Hasta ese círculo literario no penetran las exhalaciones deletéreas de la corrupción: las modestas puertas de ese templo están cerradas al potentado, al rico estúpido, al espantajo de sable; y el corazón oprimido por las miserias de afuera, halla dulce é inmensa expansión en aquel asilo libre, independiente, sublime, en que el pensamiento y la palabra, ni están espiados por el esbirro, ni amenazados por el poder, ni calumniados por el odio.

La nueva raza literaria es más feliz que las primeras, porque tiene por maestros á aquellos que en largos años de útil estudio y de experiencia han llegado á reunir un caudal riquísimo de conocimientos y de gloria que les ha dado un lugar distinguido entre las ilustraciones de la América, al lado de Quintana Roo, de Heredia, de Prescott, de Irving, de Olmedo y de Bello.

Por otra parte, la juventud de hoy, nacida en medio de la guerra y aleccionada por lo que ha visto, no se propone sujetarse á un nuevo

silencio. Tiene el propósito firme de trabajar constantemente hasta llevar á cabo la creación y el desarrollo de la literatura nacional, cualesquiera que sean las peripecias que sobrevengan.

En la nueva escuela que se ha reunido, hay soldados de la República, como Riva Palacio, que acaban de desceñirse la espada victoriosa; hay hombres que han venido del destierro sin haber quebrantado su fe; hay perseguidos que prefirieron la miseria con todos sus horrores, á inclinar la frente ante el extranjero; hay jóvenes que no han pisado aún el terreno de la política, por razón de su edad, pero que tienen un corazón de bronce para el porvenir. Todos estos hombres son firmes, y unen á su entusiasmo una resolución indomable. La energía ya probada es el escudo de la naciente literatura y su garantía para lo venidero. Pero estos hombres, atentos á su misión literaria, abren sus brazos á sus hermanos todos de la República, cualquiera que sea su fe política, á fin de que se les ayude en la tarea, para la que se necesita de todas las inteligencias mejicanas. Si éstos son elementos de progreso, indudablemente puede predecirse que la existencia de la literatura nacional está asegurada.

De este modo, los vástagos no son indignos

de los troncos vigorosos en cuyo derredor están creciendo

¿Nos será permitido á nosotros que no acostumbremos envancernos de nada, porque también carecemos de todo mérito, esperar que se nos conceda alguna pequeña parte en este renacimiento literario? Creemos que sí; y aquellos que han presenciado nuestro empeño, serán los primeros en hacernos justicia. Por lo demás, esta no es cuestión de talento, sino de voluntad. Es voluntad lo único que hemos podido poner de nuestra parte, y estamos orgullosos de haber visto coronados con el éxito más completo nuestros deseos y nuestros afanes.

II

Lo repetimos: el movimiento literario es visible. Hace algunos meses todavía, la prensa no publicaba sino escritos políticos ú obras literarias extranjeras. Hoy se están publicando á un tiempo varias novelas, poesías, folletines de literatura, artículos de costumbres y estudios históricos, todo obra de jóvenes mejicanos, impulsados por el entusiasmo que cunde más cada

día. El público, cansado de las áridas discusiones de la política, recibe con placer estas publicaciones, las lee con avidez, las aplaude; y todo nos hace creer que dentro de poco, podrá la protección pública venir en auxilio de la literatura y recompensar los afanes de los literatos, no siendo ya este trabajo estéril y sin esperanza.

Hace poco; en España, rica sólo con el Quijote, no había nacido aún la novela moderna, y el teatro nada producía al poeta dramático. Los traductores de la novela ó del teatro de la vecina Francia, eran los únicos que podían vivir de su miserable trabajo. Hoy Fernández González, Pérez Escrich, Fernán Caballero, Larra y Egúilaz tienen habitaciones muy diferentes del zaquizamí de Cervantes, y reciben por sus obras sendos billetes de banco, no un puñado de reales de vellón como aquellos con que mezquinas empresas pagaban el gran ingenio de Bretón de los Herreros cuando joven.

¡Ojalá que en Méjico pronto podamos decir lo mismo! Lo deseamos por el progreso de la literatura, porque es indudable que la recompensa es un estímulo para el trabajo. ¿Y por qué no había de realizarse esta esperanza? ¿Acaso en nuestra patria no hay un campo vastísimo de que pueden sacar provecho el novelista, el

historiador y el poeta para sus leyendas, sus estudios y sus epopeyas ó sus dramas?

¡Oh! si algo es rico en elementos para el literato, es este país, del mismo modo que lo es para el agricultor y para el industrial.

La historia antigua de Méjico es una mina inagotable. Los sabios exttanjeros la dirigen miradas llenas de interés, los viajeros ilustres visitan á porfía las grandiosas ruinas de Yucatán, del Palenque y de Puebla, con la misma curiosidad con que visitan las de Egipto, de la India y de Pompeya. Las páginas de Gómara, de Ixtlixochitl y de Clavijero se traducen en todos los idiomas, y dan lugar á profundas indagaciones. Lord Kinsborough sacrificó un inmenso capital á la investigación sobre antigüedades mejicanas, siendo el resultado de ellas una obra bellísima é interesante, muy difícil de conseguirse ahora. Podría hacerse una biblioteca con las publicaciones extranjeras que sobre nuestra patria aparecen cada día. Pero estos tesoros á nadie deben enriquecer más que á los historiadores mejicanos. El extranjero charlatán desnaturaliza los sucesos del pueblo azteca en ridículas leyendas, que se leen, sin embargo, con avidez en Europa. Los tres siglos de la dominación española son un manantial de leyendas poéticas y magníficas. Ahí está Cortés con sus

atrevidos aventureros; ahí está Muñoz con sus horcas y sus asesinatos; ahí está esa larga serie de virreyes, ilustres los unos y benéficos, tiránicos los otros, pero notables los más por los monumentos que dejaron.

Ahí están esos misioneros que predicán y convierten á la religión de la Cruz á pueblos numerosos é idólatras; ahí están los encomenderos con sus expoliaciones y sus tremendas aventuras. Ahí están esos pueblecitos hermosísimos, que se cuelgan como canastillos de flores en los flancos de las montañas y en las crestas de la sierra, donde se refugiaron los *teopixques* y los *tlatoanis* de la vencida monarquía, obstinados en no mezclarse con la raza conquistadora y en no hacer oración en los nuevos adoratorios que se levantaban sobre los escombros de sus *teocallis*.

.....
 ¿Quién al ver los risueños lagos del valle de Méjico, sus volcanes poblados de fantasmas, cuyas leyendas recogen los habitantes de la falda, sus pueblos fértiles, sus encantados jardines y sus bosques seculares, por donde parecen pasearse aún las sombras de los antiguos sultanes del Anáhuac y las de sus bellas odaliscas princesas, no se ve tentado de crear la leyenda mejicana?

¿Quién no desea recoger en interesantes páginas las guerras de los indios de Yucatán, que son los Araucanos de Méjico, las tradiciones del pueblo tarasco, tan inteligente y tan poético, las terribles escenas de la frontera del Norte, en cuyos desiertos cruzan ligeras las tribus salvajes y viven sobresaltados los colonos de raza española, con el arma al brazo y librando combates espantosos cada día?

¿Pues acaso Fenimore Cooper tuvo más ricos elementos para crear la novela americana y rivalizar con Walter Scott en originalidad y en fuerza de imaginación? ¿Pues acaso el novelista escocés necesitó más que estudiar las antiguas tradiciones de la tierra de Fingal para revestirlas con los mágicos colores de la fantasía y llamar la atención del mundo sobre su nebuloso país, antes tan desconocido?

Nuestras guerras de independencia son fecundas en grandes hechos y terribles dramas. Nuestras guerras civiles son ricas de episodios, y notables por sus resultados. Las guerras civiles que han sacado á luz á tantos varones insignes y á tantos monstruos, que han producido tantas acciones ilustres y tantos crímenes, no han sido todavía recogidas por la historia ni por la leyenda.

Nuestra éra republicana se presenta á los ojos

del observador, interesantísima con sus dictadores y sus víctimas, sus prisiones sombrías, sus cadalsos, su corrupción, su pueblo agitado y turbulento, sus grandezas y sus miserias, sus desengaños y sus esperanzas!

¿Y el último Imperio? ¿Pues se quiere además de las guerras de nuestra independencia un asunto mejor para la epopeya? ¡El vástago de una familia de Césares, apoyado por los primeros ejércitos del mundo, esclavizando á este pueblo! ¡Este pueblo mísero y despreciado, levantándose poderoso y enérgico, sin auxilio, sin dirección y sin elementos, despedazando el trono para levantar con sus restos un cadalso, al que hace subir al príncipe, víctima de su ceguera! ¡Aquella cabeza sagrada en Europa, rodando al pie de la democracia americana, implacable con los reyes! ¡Una princesa hermosa y altiva, loca en su castillo solitario, de donde su esposo partió en medio de aclamaciones, y á donde no volverá jamás!

Y luego aquel sitio de Querétaro tan grandioso y tan sangriento, aquellos sitiados tan valientes, aquellos sitiadores tan esforzados, aquel monarca tan bravo y tan digno como guerrero, así como fué tan ciego como político; aquella tragedia del *Cerro de las Campanas*; todo eso que irá tomando á nuestra vista formas colosales

á medida que se aleje: ¿qué asunto mejor para el historiador, para el novelista y para el poeta épico? ¿Pues necesitan nuestros jóvenes literatos otra cosa que voluntad y cansagración, puesto que talento no les falta, ni se atreven á negárselo á los mejicanos sus más encarnizados enemigos?

En cuanto á la novela nacional, á la novela mejicana, con su color americano propio, nacerá bella, interesante, maravillosa. Mientras que nos limitemos á imitar la novela francesa, cuya forma es inadaptable á nuestras costumbres y á nuestro modo de ser, no haremos sino pálidas y mezquinas imitaciones, así como no hemos producido más que cantos débiles imitando á los trovadores españoles y á los poetas ingleses y á los franceses. Lo poesía y la novela mejicanas deben ser vírgenes, vigorosas, originales, como lo son nuestro suelo, nuestras montañas, nuestra vegetación.

Juan Carlos Gómez, José Mármol, Rivera Indarte, Esteban Echeverría, á quien llaman en Francia el Lamartine del Plata, Arboleda, Pombo, por eso impresionan tanto. Cantan su América del Sur, su hermosa virgen morena, de ojos de gacela y de cabellera salvaje. No hacen de ella ni una dama española de mantilla, ni una *entretenue* francesa envuelta en encajes de Flandes.

Esos poetas cantan sus Andes, su Plata, su Magdalena, su Apurímac, sus pampas, sus gauchos, sus pichireyes; trasportan á uno bajo la sombra de su ombú, ó al pie de las ruinas de sus templos del Sol, ó al borde de sus pavorosos abismos, ó al fondo de sus bosques inmensos; y le muestran sus gigantescos árboles, sus prodigiosas flores, ó le hacen asistir á sus heroicas guerras, escuchar el rugido de sus fieras terribles, adormecerse á los cantos de sus mujeres lánguidas y ardientes, y delirar con sus amores frenéticos, y amar su libertad, y meditar á orillas de sus mares, y suspirar debajo de su cielo!

Nosotros todavía tenemos mucho apego á esa literatura hermafrodita que se ha formado de la mezcla monstruosa de las escuelas españolas y francesas en que hemos aprendido, y que sólo será bastante á expulsar y á extinguir, la poderosa é invencible sátira de Ramírez, que él sí es tan original y tan consumado, como habrá pocos en el Nuevo continente.

No negamos la gran utilidad de estudiar todos las escuelas literarias del mundo civilizado; seríamos incapaces de este desatino, nosotros que adoramos los recuerdos clásicos de Grecia y de Roma, nosotros que meditamos sobre los libros del Dante y de Shakespeare, que admiramos la escuela alemana y que desearíamos

ser dignos de hablar la lengua de Cervantes y de Fr. Luis de León. No: al contrario, creemos que estos estudios son indispensables; pero deseamos que se cree una literatura absolutamente nuestra, como todos los pueblos tienen, los cuales también estudian los monumentos de los otros, pero no fundan su orgullo en imitarlos servilmente.

Por otra parte, la literatura tendrá hoy una misión patriótica del más alto interés, y justamente es la época de hacerse útil cumpliendo con ella.

Nuestra última guerra ha hecho atraer sobre nosotros las miradas del mundo civilizado. Se desea conocer á este pueblo singular, que tantas y tan codiciadas riquezas encierra, que no ha podido ser domado por las fuerzas europeas, que viviendo en medio de constantes agitaciones no ha perdido ni su vigor ni su fe. Se quiere conocer su historia, sus costumbres públicas, su vida íntima, sus virtudes y sus vicios; y por eso se devora todo cuanto extranjeros ignorantes y apasionados cuentan en Europa, disfrazando sus mentiras con el ropaje seductor de la leyenda y de las impresiones de viaje. Corremos el peligro de que se nos crea tales como se nos pinta, si nosotros no tomamos el pincel y decimos al mundo:—*Así somos en Méjico.*

Hasta ahora aquellos pueblos no han visto más que las páginas muy atrasadas de Tomás Gage ó los estudios del Barón de Humboldt, muy buenos ciertamente, pero que no pudieron ser hechos sino sobre un pueblo esclavizado todavía. Además, el ilustre sabio daba mayor importancia á sus indagaciones científicas que á sus retratos morales.

Después de él, casi todos los viajeros nos han calumniado, desde Lovestern y la Sra. Calderón, hasta los escritores y escritoras de la córte de Maximiliano, que especulan con la curiosidad pública, vendiéndola sus sátiras menipeas contra nosotros.

Es la ocasión, pues, de hacer de la bella literatura una arma de defensa. Hay campo, hay riquezas, hay tiempo, es preciso que haya voluntad. Talentos hay en nuestra patria que pueden rivalizar con los que brillan en el Viejo mundo.

Cultivar pueden todos los géneros. Pulsarán con éxito desde la lira de Homero hasta el laúd de los trovadores; manejarán victoriosamente desde el buril de diamante de Tácito y de Xenofonte, hasta la pluma ligera y traviesa de Edisson y de Fígaro. Todo es accesible al genio mejicano.

La reunión que asiste á las *veladas literarias*,

es el apostolado del porvenir. Allí se escucha el acento sublime de la oda, la voz vibrante del canto guerrero, las suspirantes notas de la trova amorosa, la voz risueña de la burla. Allí la sátira habla su lenguaje punzador y tremendo, la crítica analiza los monumentos literarios de las naciones extrañas, la novela y la leyenda arrebatan la imaginación. La gloria espía sonriendo á la juventud, señalándola el cielo. La literatura mejicana no puede morir ya. De ese santuario saldrán de nuevo otros profetas de civilización y de progreso, que acabarán la obra de sus predecesores. Entonces los patriarcas de la primera generación, inclinados por el peso de una vejez ilustre, irán á dormir á sus tumbas tranquilos, porque dejan en su patria discípulos dignos que los recordarán con lágrimas y que les tributarán el culto más grato para ellos . . . la imitación de sus trabajos y de sus virtudes.

III.

La novela es indudablemente la producción literaria que se ve con más gusto por el público, y cuya lectura se hace hoy más popular. Padiérase decir que es el género de literatura más cultivado en el siglo XIX y el artificio con

que los hombres pensadores de nuestra época han logrado hacer descender á las masas doctrinas y opiniones que de otro modo habría sido difícil hacer que aceptasen. La novela hoy no es solamente un estúpido cuento, forjado por una imaginación desordenada que no respeta límites en sus creaciones, con el solo objeto de proporcionar recreo y solaz á los espíritus ociosos, como las absurdas leyendas caballerescas á que vino á dar fin el famosísimo libro de Cervantes. No: la novela hoy ocupa un rango superior, y aunque revestida con las galas y atractivos de la fantasía, es necesario no confundirla con la leyenda antigua, es necesario apartar sus disfraces y buscar en el fondo de ella el hecho histórico, el estudio moral, la doctrina política, el estudio social, la predicación de un partido ó de una secta religiosa: en fin, una intención profundamente filosófica y trascendental en las sociedades modernas. La novela hoy suele ocultar la biblia de un nuevo apóstol ó el programa de un audaz revolucionario.

Hemos dicho que es preciso no confundirla con la leyenda antigua; y esto merece una explicación. Queremos hablar de la leyenda caballerescas de la Edad media, ó de la leyenda fabulosa y exclusivamente sensual de la Grecia; de Roma y del imperio bizantino.

Admiradores nosotros de la sabia antigüedad, y consagrados con empeño al estudio de sus monumentos literarios, no podemos menos de reconocer que es en ellos donde se encuentran las fuentes de la ficción romancesca en todos sus géneros. La novela nació con la literatura entonces, y si no se la ve como se haya cultivada hoy y con la forma que han sabido darla Walter Scott y Richardson, Víctor Hugo y Balzac, Eugenio Süe y Dumas, Alfonso Karr y Dickens, evidentemente el embrión existía, y debe atribuirse á la preferencia que daban los antiguos á los otros géneros de literatura, la circunstancia de no haberse llevado á su completo desarrollo la fábula novelesca.

En efecto, la antigüedad que cultivó hasta la perfección la poesía épica, la poesía dramática, la poesía lírica, el apólogo esópico, la historia y la poesía religiosa, se quedó todavía en la infancia respecto de la novela, y es en la edad moderna y particularmente en nuestros días, cuando este género se ha desarrollado hasta llegar á ser el favorito del pueblo, y hasta ser necesario disfrazar con él todos los otros á fin de vulgarizarlos.

Pero los antiguos lo conocieron, lo cultivaron en lo que cabía brillantemente, y en él, como en todo, pusieron el sello de su poderosa inicia-

tiva. Comprendieron quizás su importancia en el porvenir, y lo que no pudieron adivinar fué, que algún día un invento admirable vendría como á darle un impulso tan decisivo, que dejaría atrás á los otros géneros que sin él habían podido sobresalir.

Ciertamente la imprenta ha sido la verdadera madre del periodismo y de la novela, y no hay dificultad en creerlo así, cuando se reflexiona que sin esa maravillosa invención, ni podría haber periódicos, ni podría tampoco difundirse como se difunde la lectura de esos cuentos ingeniosos que hacen las delicias de todas las clases de la sociedad y que son como el maná de la imaginación.

Los otros géneros de literatura pudieron vivir fácilmente sin la imprenta. La historia se narraba en público, como lo hacía Herodoto con la suya en los circos olímpicos; la poesía épica hacía conocer los prodigios del patriotismo y del valor en las grandes ciudades y en los pueblos pequeños por donde viajaba con la lira de los cantores errantes de la Iliada; la poesía lírica encantaba con sus dulces acentos á la Grecia reunida en sus grandes fiestas, y que escuchaba silenciosa las divinas inspiraciones de Píndaro y de Corina, la poesía dramática agitaba el alma del pueblo con sus terrores subli-

mes, ó le arrancaba ruidosas carcajadas desde las tablas del escenario; la poesía religiosa enseñaba los dogmas sagrados que los Pontífices hacían llegar al pueblo con las melodías del himno en los templos de los dioses; la poesía erótica se trasmitía por la tradición, y se conservaba por la juventud y el amor, que hacían del instinto un libro siempre nuevo; la poesía satírica no necesitaba más que la indignación para vulgarizarse, y la poesía guerrera se aprendía por el entusiasmo y se eternizaba por la gloria.

En cuanto al apólogo de Esopo, la humanidad, que sufría tantas cadenas y que tenía tantos motivos de temor, lo repetía como un anatemata oculto, y lo trasmitía de generación en generación, como una herencia de mofa ó como un grito de venganza contra sus opresores.

Solamente la novela no podía vivir así, y necesitaba de la imprenta para su desarrollo. Pequeños cuentos eran los únicos que podían narrarse por medio de la palabra, y apenas pudieron conservar su existencia aquellos que las nodrizas necesitaban para dormir ó entretener á sus niños. Sin embargo, parece que algunos narradores de historietas ejercían en público esta profesión, como algunos ociosos en las tiendas de los barberos, según Luciano, ó algunos parásitos en los convites, según dice Xenofonte en